

Pregón Semana Santa

Tomelloso, 1 de abril de 2017

Miguel Ángel Jiménez Salinas
Sacerdote



Libra mis ojos de la muerte;
dales la luz que es su destino.
Yo, como el ciego del camino,
pido un milagro para verte.

Haz de esta piedra de mis manos
una herramienta constructiva;
cura su fiebre posesiva
y ábrela al bien de mis hermanos.

Que yo comprenda, Señor mío,
al que se queja y retrocede;
que el corazón no se me quede
desentendidamente frío.

Guarda mi fe del enemigo
(¡tantos me dicen que estás muerto!...).
Tú que conoces el desierto,
dame tu mano y ven conmigo. Amén.

Siempre, este himno, esta oración ha caldeado mi corazón. Siempre me ha puesto cara a cara con Dios con mi debilidad, con mi disposición entera.



Todos somos un poco ciegos aunque creamos ver. Siempre esperando el milagro, siempre anhelando la luz. Un poco ciegos por egoísmo, por interés, por orgullo, por vanagloria... Pecado. De la mano de Dios recorreremos, como peregrinos, la vida. Con Dios y con los otros. Humildes, comprensivos, compañeros entrañables de camino: Que el corazón no se nos quede desentendidamente frío. Con nada, con nadie.

Sé que parecerá mentira pero al borde de los 21 años de cura, aún me siento como el niño de Jeremías «“Antes de formarte en el vientre, te escogí; antes de que salieras del seno materno, te consagré: te nombré profeta de los gentiles”. “¡Ay, Señor mío! Mira que no sé hablar, que soy un muchacho”. “No digas: “Soy un muchacho”, que adonde yo te envíe, irás, y lo que yo te mande, lo dirás”».

Bien sabe Dios que he aceptado pronunciar este pregón porque es Tomelloso, porque sois vosotros, los que me visteis nacer y crecer. Al mismo tiempo, os agradezco desde el fondo del corazón haberme invitado porque es, también, hablar de Dios a los hombres. En absoluto me podía negar. Que sea Él, el buen Dios, el que ponga sus palabras en mi boca.

Rvdo. Sr. Consiliario de la Junta de Cofradías de Semana Santa: Matías Rubio. Contigo, un cariñoso saludo a todos los sacerdotes de nuestro querido pueblo. Los que estáis hoy. Los que yo disfruté siendo niño: D. José Vicente, D. Ricardo, D. Tomás, D. Jesús, D. Leopoldo, D. Manuel, D. Mónico, Luis Miguel, Emilio, Manolo, Alfredo... Con todos ellos se fue fraguando mi vocación. Con todos ellos descubrí la grandeza de los hombres, de la Iglesia y de Dios.



Excma. Sra. Alcaldesa: Inmaculada Jiménez. Con usted, también un afectuoso saludo a toda la corporación municipal. Sois signo de la sana convivencia, del respeto a todas las creencias. Una sociedad tolerante, dialogante que permanece unida a pesar de la diversidad o, gracias a la diversidad. Gracias por vuestra presencia.

Andrés Díaz Aliaga, Presidente de la Junta de Cofradías junto con toda la junta directiva. Gracias por haber pensado en mí para pronunciar este pregón. Con vosotros, cuánta gente, en estas semanas, hasta meses, se han dirigido a mí entusiasmados y alegres. Sobrecogido me han ido dejando. Un afectuoso saludo también a todas las Hermanas y Hermanos Mayores de las cofradías y hermandades de la Semana Santa de Tomelloso. Doce Hermandades que son doce pilares para sostener y hacer crecer la fe.

Manuel Coronado Bonillo, Hermano de Honor de este año bajo la protección de Jesús pobre; llevas en el corazón la Semana Santa, para hacerla grande, para hacer grande la fe, y con la fe, la esperanza en la resurrección y todo ello con la mayor de las virtudes que es la caridad. Gracias Manuel por haber hecho crecer nuestra Semana Santa. Contigo, un reconocimiento para todos los que engradecen nuestra Semana Santa.

Quiero agradeceros vuestra presencia y os pido perdón porque no puedo deciros a todos. He pensado, sí, vuestros nombres, pero no podría nombraros a todos aunque me gustara. Os aseguro que hay muchos nombres, de aquí, de allá, dentro de mí, en mi memoria y en mi corazón. Hasta los que se piensan olvidados, en mí están.

Solo tres personas han leído antes este pregón y me han hecho alguna indicación. Isabel Lozano, Lucía Rodríguez y Alberto Plaza. Gracias



Un gracias cariñoso y profundo a mis padres, a mi querida hermana y mi tía Domiciana, a mi Tita. Me quieren mucho más de lo que cabe en el corazón.

Los del Cielo, ellos nos están viendo. Están con nosotros.

He de reconocer que yo he ido, poco a poco, **poquito a poco**, que diría un buen capataz a su cuadrilla, amando la Semana Santa. Me he detenido a rezar en cada imagen de Jesucristo descubriendo, **con ese poquito a poco**, todo el amor de Dios, su Padre y nuestro Padre; sudando sangre, coronado de espinas, flagelado, cautivo, con la cruz a cuestas; una mirada a la Virgen María en su dolor y en su soledad (y no de Dios); imágenes de mi hermano Jesús, de mi madre la Virgen, y he ido descubriendo una forma distinta de mirar. Muchas veces he dicho que un cristiano tiene que amar la Semana Santa. Detenerse en silencio a mirar pasar el amor y unirse a Él, en cada chicotá que la vida nos regala. He ido, **poquito a poco**, reconociendo el sentir cofrade y me ha hecho predicar que a los cristianos, a todos, nos tiene que gustar la Semana Santa, la tenemos que amar porque es como una fotografía de mi madre que ya sé yo que no es mi madre pero que si alguien la pisa o la ofende, me clava una espada en el corazón.

Hoy, en esta noche, quisiera que nos acercáramos todos un poquito más a la cruz del Señor y la abrazáramos. Quiero poner en este altar, especialmente, algunos sufrientes porque creo que ellos nos ayudan a tocar a Dios: Germán y Carmen, Iván y María, Felipe y Adoración (qepd)... A ellos, a estos tres matrimonios les dedico este pregón, por sencilla razón, por estar transidos por el dolor, la enfermedad, la cruz, la muerte. Este pregón a tantos con tantas cruces y sufrimientos. A ellos, Señor, a ellos porque tú siempre estás más cerca del débil, del que te necesita. No desesperéis. Confiados en Dios. Confiados en la vida. Confiados en la resurrección.



La Semana Santa, la santa semana es procesión, música, familia, encuentro, túnicas bien planchás, esparto, cadenas, cirios y ciriales. La Semana Santa, la santa semana es silencio, sufrimiento callado, cruz, amor, entrega, contemplación y servicio, vida y sentido, victoria.

¿Y tú María, Virgen María? ¿Qué me dices a mí, a todos? ¿Cómo tenemos que adornar nuestras vidas? Muchas flores blancas adornan las lágrimas por tu Hijo. Corazón roto y confiado. Oh Señora mía, oh madre mía. Ilumina cualquier momento de tristeza, de debilidad, de desconfianza. Oh señora mía, oh madre mía. Ayúdanos al pueblo de Tomelloso a tener fortaleza en la fe, a ser constantes en la esperanza y muy diligentes en el amor. Quiérenos, madre nuestra, como quieres a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

Con este anuncio pregonado, a mi infancia.



Domingo de Ramos



¡Oh cruz fiel, árbol único en nobleza!
Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.
¡Dulces clavos!
¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!

Domingo de Ramos

Señor, buen Señor. Una mañana soleada me acerco a la papelería de «El Cristo». Ya no está. Me acerco, Señor, como si fuera un domingo de Ramos. Siempre lo pienso con sol, con luz, con el cielo azul a punto de reventar. Allí, al lado, estás Tú, en la borriquilla, rodeado de palmas y olivos.



El primer camino del amor siempre se hace en día soleado, con el cielo azul, sí, a punto de reventar. Pregúntales a los primeros novios, a los primeros sacerdotes, a los niños, a los pobres de Dios. Pregúntales a ellos, Señor, y te dirán que el Domingo de Ramos todo es gloria y amor primero. Pregúntales, Señor a los discípulos de Emaús, a los del ardor en el corazón. Pero en el Domingo de Ramos, estamos en camino, nada está cumplido aún.

Me acerco a mirarte, solo a mirarte. Me acerco a ser mirado por ti, a poner mi vida en tu protección, a dejarme bendecir por ti.

Dejar que mi vida sea tu vida; dejar que tus ojos se posen en mí, una vez más. Cuántas veces siendo niño, me detuve unos segundos a intentar ver qué había dentro, quién había dentro.

**Rey de la paz, rey de la sencillez, rey de los pobres,
Rey del Domingo de Ramos. Rey en la muerte, trono de
cruz. Rey de la vida. Vencedor.**

Así tienes que volver a entrar en nuestro pueblo, sentado en una borriquilla que nadie haya montado; con palmas de olivo y ramos, extendiendo mantos delante de ti. Estrenando corazones, ofreciendo vida.

Aquí debería acabarse la Semana Santa. Dios debería ahorrarnos cruces y sufrimientos. Ya sufrió Jesús por todos. «¡Hosanna, bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el Reino que llega, el de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas!».

Entendemos la gloria, la victoria, el esplendor, la alegría. Entendemos un cielo azul a reventar.



Es Domingo de Ramos y Tomelloso es de valientes, de humildes, de sinceros, de honrados. Hombres y mujeres sin doblez; hombres y mujeres de amor primero; hombres y mujeres de Dios, apasionados de Dios, entregados a Dios.

Hoy es Domingo de Ramos. Un cielo azul a reventar.



La Oración y Juicio de Cristo



**Dolido mi Señor por el fracaso de Adán,
que mordió muerte en la manzana,
otro árbol señaló, de flor humana,
que reparase el daño paso a paso.**

Jueves Santo

Señor, buen Señor. El Domingo de Ramos es soleado, con el cielo azul
a reventar. Fiesta, ¡Hosanna!



En el Jueves Santo todo empieza a parecer de otra manera. Se empieza a cernir el silencio, la voluntad de Otro, y empezamos a descubrir un mundo necesitado de conversión, de amor y de sacrificio. Un hombre necesitado de redención que necesita el mal para que se muestre el bien, el desprecio para el cariño, el olvido para la memoria y el sinsentido para la Palabra.

Juicio y condena. Antes, oración.

Hace 100 años, falta un mes, nació Ismael. Silencio.

Un hombre que nació para morir. Como todos. Un hombre enfermo, tumbado en una cama de hospital. Un joven alegre, como de Domingo de Ramos permanente. Un rosario en la mano. La Acción Católica en su esplendor. Una enfermera que reconoce en él a Dios.

«Soy de Dios y para Dios, si muero seré totalmente de Dios y si no muero... Quiero ser sacerdote».

Sí, es nuestro Ismael de Tomelloso. Es de Dios y para Dios y si no muere, quiere ser sacerdote. Es el fruto enterrado como trigo que dará fruto algún día. Sí, Ismael, dará fruto en sacerdotes, que ya hoy tanto necesita la Iglesia. No solo fruto en sacerdotes, Ismael dará frutos de amor y conversión; de fe y caridad en nuestro pueblo. Lo dará en silencio, unido a Jesucristo en este Jueves Santo en el que celebramos la institución de la Sagrada Eucaristía, el orden sacerdotal y el mandato de la caridad fraterna.

Aquí comienza Ismael el martirio del silencio como un ofrecimiento a Dios.



«Va oyendo las primeras frases compasivas, o los primeros insultos hirientes, o se le clava en el alma la risa burlona de los que le contemplan como derrotado. Les van tomando la ficha y cuando todos tienden a la exageración alegando méritos anteriores que les avalen, Ismael oculta su filiación como miembro de Acción Católica; más aún, hay entre los jefes del campo prisión alguno del pueblo, que sabe que Ismael se oculta y calla».

Soy catequista, de esta o de aquella parroquia. Colaboro en tal o cual actividad. Méritos... Silencio. «Padre, que pase de mi este cáliz pero que no se haga mi voluntad si no la tuya».

Aquí, en la acera, con Francisco Martínez Ramírez, el Obrero, que pareciera que lleva esperando todo un año para coger sitio, frente a «La Mallorquina», aquí, en esta procesión, siendo muy niño, así lo recuerdo, fue la primera vez que mi madre me dijo: «Miguel, ¿te gustaría salir en la procesión? ¿te gusta salir de penitente?». Dije que no, así lo recuerdo. Aún no sabía que mi lugar en la procesión estaría en otros sitios.

Con todo el amor puesto en la criatura y ella, nosotros, yo, olvidados de Él. «Padre, que pase de mi este cáliz pero que no se haga mi voluntad sino la tuya». Esa es la oración de Cristo. Ante la desobediencia, obediencia. Es la hora del servicio, de arrodillarse ante los otros, de pedir perdón, de ser perdonados, de servir, de entregarse. «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos».

Somos amigos del Señor. Nos mira con ojos cálidos, de hermano mayor.



En esta noche de Jueves Santo, ante el Monumento, te miramos a ti, Señor. La sombra que acechó el Domingo fue de juicio y de condena. La muerte se anuncia en el arrastrar de esparto y de cadenas en los días, los meses, los años. Es el rozar del sufrimiento cotidiano en la calle.

«Amaos como yo os he amado». Ante Jesús, mirándolo, Judas, lo besa, y con el beso, entrega al Hijo del Hombre. Niega la amistad y el amor. También lo niega Pedro. Judas y Pedro. Los dos niegan al Señor. Uno llorará, se arrepentirá, pedirá perdón y se dejará perdonar. El otro, Judas...

«Amaos unos a otros como yo os he amado». Es Jueves Santo. Silencio.



Camino del Calvario



**En plenitud de vida y de sendero,
dio el paso hacia la muerte porque él quiso.
Mirad de par en par el paraíso
abierto por la fuerza de un Cordero.**

Y llega el Viernes Santo. Esta mañana, Señor, de cruz, de camino, de peregrinos que caen y se levantan como tú, no solo tres, todas las veces que la vida pida. Si tú perdonas hasta 70 veces 7, yo me levanto siempre porque eres tú el que me hace de cireneo. Tú sostienes mis cruces, mis pecados, mis caídas. Tú eres el sostén de mi vida. ¿Qué tú me pesas sobre mis hombros? El costal, en realidad, soy yo para ti. Tú eres el que hace las levantas de mi vida.



Hermanos de fila, penitentes, capataces, anderos, costaleros, aguaderos, priostes, camareras... Todo por el Señor, por su Santísima Madre, sin darnos cuenta de que son ellos, el Señor Jesús, y con Él, nuestra Madre, la Virgen, los que nos sostienen, los que nos levantan, los que nos rezan... Ellos son el sostén de mi vida.

«El interrogatorio de Jesús ante el Sanedrín concluyó como Caifás había previsto: Jesús había sido declarado culpable de blasfemia, un crimen para el que estaba previsto la pena de muerte. [...] Jesús se había declarado a sí mismo Mesías, había, pues, reclamado para sí la dignidad regia, aunque entendida de una manera del todo singular. La reivindicación de la realeza mesiánica era un delito político que debía ser castigado por la justicia romana. Con el canto del gallo había comenzado el día. El gobernador romano acostumbraba a despachar los juicios por la mañana temprano. Así, Jesús fue llevado por sus acusadores al pretorio y presentado a Pilato como un malhechor merecedor de la muerte».

Es Viernes Santo por la mañana, un Viernes Santo lleno de luz, de brillo, de primavera. Vida que anuncia una vida más plena.

El Domingo de Ramos es la calle de La Feria; el Jueves Santo es frente a «La Mallorquina» (ya no está). El Viernes Santo por la mañana, la calle Socuéllamos. Es el camino ancho, la luz, el sol, el brillo de la primavera, la vida que refulge... Es la procesión de los niños. Es un Viernes Santo candoroso. Se acercan las tres de la tarde, la hora de nona. Nacer para morir. El Viernes Santo estamos camino del Calvario. El Viernes Santo es el momento eterno de los que confían en Dios.



«Conque ¿tú eres rey?». «Tú lo dices, soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz».

«Dar testimonio de la verdad» significa dar valor a Dios y su voluntad frente a los intereses del mundo y sus poderes». (Benedicto XVI. *Jesús de Nazaret II.*)

¿Cómo es mi vida? ¿A qué aspiro? ¿Qué busco? ¿Dónde está mi tesoro? ¿Para qué vivir si me espera morir? La verdad, ¿qué es la verdad? La respuesta de Jesús también es silencio porque el silencio es como Dios hace nuevas todas las cosas. Es la Virgen aguardando en un rincón de la vía dolorosa. San Juan con ella. El griterío se acerca. Crucifícalo. Es un don nadie. Vaya fracaso. ¿Dios está con él? ¿Dónde? Y la Virgen María sale corriendo a abrazar a su Hijo. Ya no puede más. Jesús cae. Ella lo abraza, caído. Una mejilla contra la otra. El corazón de Dios, el corazón de la humanidad. También caída con Él. Jesús la mira y le dice: «Mira, madre, cómo hago nuevas todas las cosas». Solo el amor crea de nuevo todo. Solo el amor que perdona, el amor que redime.

Señor, yo quisiera no rendirme. Serte fiel siempre, correr tras de ti. Pero no te entiendo. No entiendo tu silencio ante Pilato. No entiendo el silencio que denuncia: «Haced lo que queráis. Soy vuestro. Flageladme, azotadme, despreciadme, condenadme, matadme». No entiendo tu forma de vencer al mundo. Dinero, poder, fama, prestigio... Es el camino que me aleja de ti; que me conduce por senderos distintos al de la Cruz. No lo entiendo.



No entiendo, Señor, la cruz, el sufrimiento, el dolor, la muerte... A tus manos y a tu voluntad me encomiendo pero no lo entiendo.

No sé, Señor, por qué sufrimos tanto. Tú en la cruz, para morir, nosotros en la vida, también para morir. Ayúdanos, Señor, a llevar todo con fortaleza. Que encontremos «la fuerza de Dios para sobrellevar los sufrimientos y cansancios de la vida» (*Evangelii gaudium*, 286).

Anderos y costaleros arrastran los pasos sordos en el caminar de la vida. Ya, en la hora de nona. Oscuridad, tiniebla, cruz. Llega la muerte. Llega la muerte.

Vinagre y sed // la boca, apenas gime;
y, al golpe de los clavos y la lanza,
un mar de sangre fluye, inunda, avanza
por tierra, mar y cielo, y los redime.

Ablándate, madero, tronco abrupto
de duro corazón y fibra inerte;
doblégate a este peso y esta muerte
que cuelga de tus ramas como un fruto.

Tú, solo entre los árboles, crecido
para tender a Cristo en tu regazo;
tú, el arca que nos salva;
tú, el abrazo de Dios con los verdugos del Ungido.



Muerte y Entierro de Cristo



Jesucristo nos dio el agua y la sangre salida de su costado, para edificar la Iglesia. **(Es Viernes Santo por la noche)** Y de la misma manera que entonces Dios tomó la costilla de Adán, mientras éste dormía, así también nos dio el agua y la sangre después que Cristo hubo muerto.

Mirad de qué manera Cristo se ha unido a su esposa, considerad con qué alimento la nutre. [...] De la misma manera que la mujer se siente impulsada por su misma naturaleza a alimentar con su propia sangre y con su leche a aquél a quien ha dado a luz, así también Cristo alimenta siempre con sangre a aquellos a quienes él mismo ha hecho renacer.

San Juan Crisóstomo.

Catequesis 3. El valor de la sangre de Cristo



En el muerto, la vida; en el costado la Eucaristía y la Iglesia; en la ofensa, el perdón. «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». Dios es misericordia, ese es su rostro. ¿Cuántas veces he tenido deseos de venganza? ¿De revancha? ¿Cuánto soy capaz de alimentar mi odio y mi rencor? ¿Cuánto y a quién insulto? ¿Cuánto y a quién desprecio?

Soy cristiano. Mi nombre es misericordia y mi apellido perdón. Soy cristiano: ternura, gracia, compasión.

Siempre, de niño, me impresionó mucho esta noche de Viernes Santo. Las manolas, los hombres, los trajes, los guantes, las velas. Todo tan serio; tan contenido; tan respetuoso. Capas y trajes, corbatas. Todo negro.

Nosotros tan puestos. Él tan deshecho. Despreciado de hombres, de todos. ¿Por qué hacer un drama? Al fin y al cabo, una cosa es lo que dice el Evangelio, y otra cosa es la vida real.

La muerte es muerte. El olvido, olvido. El negocio, negocio.

Nosotros tan puestos. Él tan deshecho.

El Señor desciende hasta los infiernos, hasta a aquellos que han perdido el rastro del amor. Hasta a los extraños. El bautismo en el Jordán es cómo Jesús se sumerge en lo más profundo del pecado para sanarlo. Una herida curada y cicatrizada. El *sinpecado*, sumergido en el pecado, en la muerte, en la nada.

**Cantemos la nobleza de esta guerra,
el triunfo de la sangre y del madero;
y un Redentor, que en trance de Cordero,
sacrificado en cruz, salvó la tierra.**



«¿Qué es lo que hoy sucede? Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio porque el Rey duerme. La tierra temió sobrecogida, porque Dios se durmió en la carne y ha despertado a los que dormían desde antiguo. Dios ha muerto en la carne y ha puesto en conmoción al abismo.

Va a buscar a nuestro primer padre como si fuera la oveja perdida.
[...]

A ti te mando: despierta tú que duermes, pues no te creé para que permanezcas cautivo en el abismo; levántate de entre los muertos, pues yo soy la vida de los muertos. Levántate, obra de mis manos; levántate, imagen mía, creado a mi semejanza. Levántate, salgamos de aquí [...].

Contempla los salivazos de mi cara, que he soportado para devolverte tu primer aliento de vida; contempla los golpes de mis mejillas, que he soportado para reformar, de acuerdo con mi imagen, tu imagen deformada; contempla los azotes en mis espaldas, que he aceptado para aliviarte del peso de los pecados, que habían sido cargados sobre tu espalda; contempla los clavos que me han sujetado fuertemente al madero, pues los he aceptado por ti, que maliciosamente extendiste una mano al árbol prohibido.

Levántate, salgamos de aquí».

El descenso del Señor al abismo
Anónimo
Homilía antigua sobre el grande y santo Sábado



Del Silencio



Esta noche, la madrugada del Sábado Santo es la del rumor sordo del pecado. Si las otras procesiones de nuestra Semana Santa están guardadas en mi corazón como luz, como imágenes, como lugares, con rostros, con ojos de penitentes que desde el fondo de la negrura de la pupila te ofrecen una fugaz mirada.

La del silencio, con las cadenas, es la procesión del oído. El rumor sordo del pecado. A mayores cadenas, un mayor dolor, un pecado más imperdonable, un arrepentimiento más profundo, un perdón más grande. La del Silencio, las de las cadenas, es la procesión en la calle Domecq y Carboneros, la procesión del oído, la procesión del rumor sordo del pecado.



Así, Señor, me quieres, de carne y hueso. Reconociéndome pecador sin desesperación porque, así, Señor, me quieres, una y otra vez, levantado. Yo cargo con la cruz, con la tuya. No me duele Tomelloso pecador. Me duele, dice el Señor, que no quiera levantarse; que no quiera recibir el perdón; que pasada esta noche, rotas las cadenas, no quiera nacer a vida nueva. Que prefiera ser Judas sin perdón a Pedro arrepentido, querido y perdonado

«¡Cuántas veces el ángel me decía:
“Alma, asómate ahora a la ventana
Verás con cuánto amor llamar porfía!”

¡Y cuántas, hermosura soberana,
“Mañana le abriremos”, respondía,
para lo mismo responder mañana!»

Lope de Vega

¿Dónde está el llamador de mi vida? ¿Quién hace esta levánta?
¿Quién consigue que la garra que oprime mi alma me suelte? Cristo.

Escucha, madrugada del Sábado Santo, el sordo rumor del
pecado perdonado. Cristo.

«Dios no se cansa nunca de perdonar, somos
nosotros los que nos cansamos de acudir a su
misericordia. Aquel que nos invitó a perdonar
“setenta veces siete” nos da ejemplo: Él perdona
setenta veces siete. Nos vuelve a cargar sobre sus
hombros una y otra vez. Nadie podrá quitarnos
la dignidad que nos otorga este amor infinito e



inquebrantable. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría. No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase» (

Evangelii gaudium, 3

Porque ya Jesús, Señor, has tomado mi cruz. Has muerto en ella. Sálvame, costalero de mi vida, capataz de mi voluntad. Virgen, Madre, haz de contraguía del paso de mi vida. Que mis pasos te sigan siempre. Que en el “A esta es” descubra yo la voluntad de Dios.

Valiente, dócil...

El pecado nunca ha sido la última palabra para Dios. Él sale a nuestro encuentro también en la noche, también cuando estamos hundidos, solos, derrotados. Siempre un Dios que salva, un Dios que enamora, que perdona, que comprende

Dios no dejó solo a Jesucristo, ni nos deja solos a nosotros. No nos dejes solos, Señor, no nos dejes solos. Costalero de nuestra vida.



Domingo de resurrección



Y así dijo el Señor: “¡Vuelva la Vida,
y que el Amor redima la condena!”
La gracia está en el fondo de la pena,
y la salud naciendo de la herida.

Madrugada del Domingo de resurrección



Ofrezcan los cristianos ofrendas de alabanza
a gloria de la Víctima propicia de la Pascua.

Cordero sin pecado que a las ovejas salva,
a Dios y a los culpables unió con nueva alianza.

Lucharon vida y muerte en singular batalla,
y, muerto el que es la Vida, triunfante se levanta.

“¿Qué has visto de camino, María, en la mañana?”
“A mi Señor glorioso, la tumba abandonada,

los ángeles testigos, sudarios y mortaja.
¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!

Venid a Galilea, allí el Señor aguarda;
allí veréis los suyos la gloria de la Pascua.”

Primicia de los muertos, sabemos por tu gracia
que estás resucitado; la muerte en ti no manda.

Rey vencedor, apiádate de la miseria humana
y da a tus fieles parte en tu victoria santa. Amén.
Aleluya.

Secuencia pascual



De madrugá a madrugá. Desde el silencio del Silencio, cadenas rotas, piedra corrida a la vida florecida. El llanto tras la muerte, narcisos, la vida.

La noche santa en la que la muerte queda vencida. ¡Qué noche tan dichosa en la que se une el cielo con la tierra, lo humano y lo divino! Dios y los hombres.

Así lo recuerdo: esta noche es la de después de la Vigilia Pascual en Santo Tomás, cargar con la guitarra; cargar con ella, peso dulce, camino de la calle de La Feria. El coro canta la gloria de la resurrección. Así lo recuerdo. Pobre guitarra, pobres voces para tanta grandeza: el triunfo de la sangre y del Cordero. Esperanza, resurrección, vida. Madero florecido.

Sabemos, así, cuál es nuestro destino. Como la madre que da a luz, como el grano de trigo que es enterrado. Nada queda infecundo, todo da fruto. Con dolor pero se abre paso la esperanza. La tierra dormida se ha abierto y ha dado a luz al Salvador del mundo, fecundada en sangre: la del Hijo de Dios entregado.

Y ahora, Señor, ya no se apagará la candelería, los pasos de costaleros y anderos irán al unísono. ¿Qué es la Semana Santa sino caminar unidos? ¿Al mismo paso? ¿Al mismo son? ¿Qué es una procesión sino una parábola, una imagen, una metáfora de la vida misma? Caminar juntos, sufrir juntos, reír juntos, vivir juntos.



Por eso, cristiano, prepara tu Semana Santa. Examina no solo tu conciencia, examina tu vida. Ponla bajo la mirada cariñosa y amorosa de Dios que ama y, porque ama, perdona. Déjate mirar por Él, perdonar por Él. Fíate, confíate. ¿Recuerdas el Monte de los Olivos? ¡Cristiano! ¿Lo recuerdas? Si mi pecado no es pecado, ¿por qué murió Jesús?

Por eso, cristiano, prepara tu Semana Santa. Confíesate. Acércate a la Eucaristía, como la primera vez, como cuando eras niño:

«Porque, Señor, yo te he visto
y quiero volverte a ver.
Quiero creer.

Te vi, sí, cuando era niño
y en agua me bauticé,
y, limpio de culpa vieja,
sin velos te pude ver.
Quiero creer.

Devuélveme aquellas puras
transparencias de aire fiel,
devuélveme aquellas niñas
de aquellos ojos de ayer.
Quiero creer».

Gerardo Diego



Y con toda la fuerza del amor que Dios, cristiano, ha derramado en tu corazón con los sacramentos, con toda la fuerza que te da ser amigo de Dios, amigo de la fuente del amor, cristiano, disponte a amar porque la única medida de la fe es el amor; porque la mayor de las virtudes es la caridad. Cristiano, no desprecies la fuente del amor: es Dios mismo. Él se nos da en su Palabra, en la Eucaristía, en los sacramentos, prepárate porque Él te necesita para acompañar a tantos, a muchos, a todos.

Y, ahora, que la música de la Coral del Conservatorio de Tomelloso eleve nuestro corazón hasta lo más alto del cielo pero para volver a bajar a nuestras cruces de cada día y, cargando con ellas, no dejemos de mirar a derecha e izquierda para ver en nuestros hermanos el rostro de Cristo. «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis».

V./ Alégrate, Reina del cielo; aleluya.

R./ Porque el que mereciste llevar en tu seno; aleluya.

V./ Ha resucitado, según su palabra; aleluya.

R./ Ruega a Dios por nosotros; aleluya.

V./ Gózate y alégrate, Virgen María; aleluya.

R./ Porque ha resucitado verdaderamente el Señor, Aleluya.

He dicho.

